

en las baillías comunes, los dos tercios de los votos. El teólogo apasionado, convertido en jefe de Estado sin encontrar ninguna resistencia en su Consejo, del cual había excluido ó poco menos á todos los hombres de autoridad ó de experiencia, llegó hasta á asustar á sus aliados. Los prudentes berneses, ocupados por otra parte en extender su influencia política y religiosa hacia el Oeste, por Neufchatel y por el país de Vaud—saboyano todavía—, secundando los esfuerzos de Farel, Viret y Calvino, trataron en vano de detener á Zwinglio. Basilea se concertó con Berna y la división surgió entre los protestantes.

En cambio los pequeños cantones católicos, irritados con razón por las continuas intrusiones de Zurich en las baillías mixtas y en San Gall, amenazada su existencia por un bloqueo que podía matarlos de hambre, decidieron ponerse bruscamente en campaña. Ocuparon é interceptaron con su vanguardia los caminos que iban de Berna á Zurich. Los jefes militares zuriqueses, algunos de los cuales sentían secreto descontento—desde que Zwinglio, no viéndose ya sostenido ciegamente por las principales familias, se apoyaba cada vez más en hechuras suyas—, dirigían con flojedad la campaña. El pequeño ejército de Zurich tomó en Cappel, entre los lagos de Zurich y Zug, posiciones muy defectuosas. Decidióse modificar el orden de batalla, pero un jefe enemigo, veterano y hábil táctico de las guerras de Italia, se enteró del movimiento, y cayó sobre ellos con 8.000 hombres. La bandera de Zurich se salvó con gran trabajo. La pérdida de los zuriqueses fué relativamente enorme: cerca de 600 hombres, cuando sus adversarios no perdieron más de 80. Zwinglio, que como capellán castrense había ido con los suyos, fué herido en la cabeza y recibió dos estocadas en los muslos. Unos merodeadores le encontraron vivo, y le preguntaron si quería confesarse con un cura, y Zwinglio, cuyos labios, al parecer, murmuraban una oración, hizo con la cabeza ademán negativo. Un capitán de aquellos mercenarios de quienes había maldecido con tanta frecuencia, le atravesó con su espada. Según afirma la tradición, un anciano sacerdote católico,

ex canónigo de Zurich, no pudo dejar de exclamar ante el cadáver: «Sea cual fuese tu fe, ya sé que fuiste un fiel confederado.» No por eso los cinco cantones dejaron de mandar quemar el cuerpo después de descuartizarlo (11 de Octubre de 1531).

Por la segunda paz de Cappel, los zuriqueses tuvieron que prometer que dejarían vivir en paz «en su verdadera é indudable fe cristiana» á los cantones católicos. Éstos, que no podían pensar en una restauración completa, aceptaron que los de Zurich siguieran «con su fe». En las baillías comunes también se conservó la paridad de ambas confesiones, pero quedaron exceptuadas las baillías más próximas á los cantones católicos, donde se restableció la fe antigua lo mismo que los conventos. De una manera general, se estipuló que si una parroquia quería volver á su antigua fe podría hacerlo. Berna siguió poco después el ejemplo de Zurich é hizo una paz aparte, sobre las mismas bases, que vinieron rigiendo las relaciones entre ambas confesiones en Suiza durante cerca de dos siglos.

LA CONTRA-REFORMA.—El partido católico, utilizando su victoria, aprovechando el cansancio y también á esta carencia de hombres de valía en la nueva generación de los reformados, se reconstituyó sobre nuevas bases. El cardenal Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, cuya virtud y ardiente caridad admiraron sus mismos adversarios, atendió preferentemente á los suizos católicos, y fundó para ellos en Milán un colegio que todavía existe. Favoreció la instalación de los jesuitas y de una nunciatura permanente en Lucerna. Los siete cantones católicos constituyeron entre sí la Liga Borromea, llamada también Liga de Oro por las iniciales doradas del manuscrito original, alianza que declararon superior á otro cualquier tratado, y mediante la cual se prestaban mutuo apoyo en todas las circunstancias para defensa de la fe.

LAS CONSECUENCIAS.—Desde aquel momento hubo dos Suizas, una católica y otra reformada. Seguía habiendo una Dieta común, pero cada confesión tenía sus Dietas separadas, más frecuentes que las generales. Hasta fines del siglo XVI, á cada momento podía

temerse una nueva lucha de partidos. Si no guerrearaban en lo interior del país, combatían bajo banderas diferentes en el extranjero, especialmente en Francia. Los suizos seguían siendo la mejor infantería de aquella época. Los católicos, mandados por Luis Pfyffer, «el rey de los suizos», sostuvieron la corona en la cabeza del joven Carlos IX en la retirada de Meaux, uno de los hechos de armas más admirables de aquel tiempo. Decidieron la victoria en Dreux, en Jarnac, en Moncontour, y su lealtad tradicional hizo

que los dos partidos les confiaran con frecuencia la garantía de sus acuerdos. Los suizos protestantes salvaron á Enrique IV en Arques y le dieron la corona en Ivry, después de haber combatido clandestinamente mucho tiempo á las órdenes de Coligny, sentando plaza como neufchateleses en las filas de los reformados franceses. La conversión de Enrique IV contribuyó en Suiza tanto como en Francia á poner término á una ardiente guerra civil. Suiza, dividida en dos campos, de los cuales el más débil tenía ma-

yoría oficial en las Dietas, dejó de tener una política única. No logró tener un centro, una voluntad. Era como un cuerpo fuerte físicamente, pero sin alma. Fué durante dos siglos el gran depósito, del cual sacó Europa toda intrépidos soldados. La corrupción de los gobernantes, vendedores de carne de cañón, volvió á comenzar á más y mejor, menos en Zurich, donde respecto á esto subsistía la influencia de Zwinglio. Y sin embargo, puede sostenerse, sin paradoja, que el servicio militar extranjero, por una de esas caprichosas vueltas de que la historia ofrece ejemplos, fué acaso el que salvó á Suiza durante aquel largo período de impotencia política, en aquella larga carencia de todo

gobierno central, y hasta de todo patriotismo que no fuera el puramente local. Los príncipes extranjeros la dejaban en paz porque hacía un comercio útil para ellos de soldados disciplinados y fieles, y porque no se decidía por nadie, puesto que servía á todo el mundo. Durante la guerra de Treinta Años, durante la guerra de Sucesión de España, los confederados proclamaron como un principio de su política la neutralidad de Suiza, *considerada como Confederación*. Tal política llegó á ser con el tiempo una especie de dogma, en que

se impregnó la nación; neutralidad é independencia llegaron á ser dos nociones tan conexas que ya no se las distinguió. Cuando se transformase la noción de neutralidad, cuando se hiciera más estricta é hiciera considerar los alistamientos como contrarios á la misma neutralidad, el pueblo suizo, que para entonces tenía que haber sustituido las antiguas oligarquías militares con gobernantes procedentes de la clase media, como industriales y comerciantes, había de adquirir, me-

dante tres siglos de práctica, un temperamento suyo. Las diversas nacionalidades que lo formaban, las diversas religiones que lo dividían se habían de fundir en un gran pensamiento común: «Una política activa nos dividiría; una política defensiva, basada en fuertes instituciones militares, nos garantiza la seguridad.» Por su parte, Europa ha reconocido que la independencia y la neutralidad de Suiza constituyen importante salvaguardia de la paz; que Francia, Alemania é Italia, salen muy gananciosas dejando á Suiza que guarde, y á expensas suyas, sesenta leguas de sus fronteras respectivas. La neutralidad europea de Suiza no es en modo alguno una creación artificial de la diploma-



Zwinglio

cia, como la de Bélgica y Luxemburgo; ha salido de las mismas entrañas del pueblo suizo después de tres siglos de dolorosa gestación.

¿Qué queda hoy de la obra de Zwinglio, comparada con esta neutralidad de Suiza que ha sido la consecuencia de la división de confederados en católicos y protestantes, con esta neutralidad que, por otra parte, había predicado con ardor Zwinglio á sus contemporáneos? Ya dijimos al principiar este capítulo: la Reforma en Suiza ha sido tan política como religiosa; tanto una revolución como una reforma. Ese carácter ha persistido en el sentido que en Suiza, entre las cuestiones religiosas y las políticas, ha seguido habiendo siempre íntima conexión. La Iglesia ha estado siempre unida al Estado, entendiéndose por Estado el cantón. El sistema americano de las sectas numerosas no ha prevalecido, ni aun actualmente, en los cantones protestantes. La nación no se desentiende de las cosas religiosas, y á veces se interesa por ellas con el excesivo ardor que distingue en otros pueblos las luchas políticas. En los cantones católicos hubo grandes apasionamientos en pro ó en contra de la infalibilidad pontificia en 1870. Los asuntos confesionales estuvieron sometidos al Parlamento hasta el año 1893, pasando después á la jurisdicción más tranquila, más directa y más imparcial también del nuevo Tribunal federal. Todo ello es el producto de las inconsecuencias de Zwinglio, del cual ha podido decir un escritor zurigués: «No era un carácter entero como Lutero ó Calvino. El joven humanista, que consideraba como una revelación divina la sabiduría de griegos y romanos, soñó con una especie de Estado teocrático como el de los Profetas de Israel. El que en su entusiasmo por la antigüedad clásica hacía representar en 1531 en

su idioma original una tragedia griega, nada hizo por la instrucción de los laicos. El gran espíritu que en su carta á Francisco I mostraba reunidos en el mismo cielo á los grandes hombres de todos los tiempos, no toleraba á los católicos en su ciudad. El defensor enérgico del amor recíproco entre los hombres persiguió implacablemente á los adversarios de su obra. El hombre que anteponía á todo la rectitud, la justicia y la verdad, holló el derecho público de su país para llevar la Reforma al Toggenburgo y á las bailías comunes. El amigo del pueblo y de los humildes montañeses no sintió más que odio hacia las poblaciones patriarcales de los cantones de la primitiva Suiza. El patriota ardiente que en sus palabras y escritos demostró apasionado amor á su país, puso con su política á Suiza á dos dedos de su pérdida y fomentó dos guerras civiles. ¡Cuánto contraste! ¡Cuánta contradicción! La clave del enigma está en la convicción de Zwinglio de que la Biblia, la palabra de Dios, la fe evangélica, son la estrella directiva de la vida pública, lo mismo que de la vida interior. Cuando la palabra de Dios, tal como él la entendía, había resonado con bastante fuerza, ya no había obstáculos para él; ciencia, consideraciones políticas, amor á la humanidad, patriotismo, todo quedaba reducido al silencio.» Tal fué la acción y la influencia de Zwinglio, que sus mismas contradicciones explican todavía hoy ciertas anomalías y ciertos contrastes en la vida del pueblo suizo. Hasta mediados del siglo XIX no había de adquirir el pueblo su unidad moral, sometiéndose á un gobierno aceptado por todos, y anteponiendo definitivamente, después de tantas pruebas, la noción nacional de patria á las divisiones locales ó religiosas.

#### BIBLIOGRAFÍA

DENDLKER, *Geschichte der Schweiz*, 3 volúmenes, Zurich, 1885.—BLUNTSCHLI, *Geschichte des Schweizerischen Bundesrechtes*, Zurich, 1849, 2 vol.—PETITPIERRE DE WESDEHLEN, *Abrégé de l'histoire des Suisses*, Neuchâtel, 1849.—L. VULLIEMIN, *Histoire de la Confédération suisse*, Lausana, 1879.—SEGESSER, *Ludwig Pfyffer und sei-*

*ne Zeit*, Berna, 1880, 4 vol.—HOFF, artículo sobre Zwinglio en la *Encyclopédie des sciences religieuses de Lichtenberger*, París, 1882.—MERIKOFFER, *Zwingli*, Léipzig, 1867-69, 2 vol.—SCHWEIZER, *Geschichte der Schweizerischen Neutralität*, Zurich, 1894.—Estudios publicados en 1884 en Zurich con motivo del 4.º centenario de Zwinglio.



#### CAPÍTULO XII

## LA REFORMA EN FRANCIA

### Primera edad de la Reforma francesa

(Hasta el año 1559)

Para estudiar los cuarenta años primeros de la Reforma en Francia, momento único en la historia religiosa de este país, hay que empezar por deshacerse de dos opiniones preconcebidas que falsearían todos los juicios.

La primera consiste en considerar la Reforma en Francia como continuación y derivación de la Reforma en Alemania. Hoy está fuera de duda, gracias á documentos originales publicados en nuestros días, que la Reforma francesa tuvo su origen en Francia. Ignoramos lo que habría sido de ella sin Lutero, y claro es que en cuanto Lutero halló, hizo causa común con él; pero antes que él había nacido y sin él se había afirmado. Desde el principio tuvo carácter propio y lo conservó. No se le puede negar haber sido en lo bueno y en lo malo cosa completamente francesa.

La segunda impresión inexacta, y de la cual cuesta más trabajo librarse, es la que

nos lleva á ver el siglo XVI á través del XVII y á figurarnos en 1525 un catolicismo y un protestantismo constituídos, definidos, irreductibles y armados de punta en blanco uno contra otro. Por muy convencido que esté uno de lo contrario, acaba por figurarse la Iglesia, la corte, la magistratura, la burguesía y el clero en tiempo de Francisco I, como habían de estar reinando Enrique IV ó Luis XIV después de que medio siglo de guerras—¡y qué guerras!—hubiese alterado profundamente el carácter nacional, después de que la violencia de la lucha hubiera llevado á las ideas como á los hombres hasta lo más extremo. Para entender algo esta primera edad de la Reforma en Francia hay que pensar en que se trata del protestantismo antes de Calvino y antes de las confesiones de fe. Todo el interés de este cuadro fugitivo está en su misma fragilidad. Hace revivir un momento en que todas las líneas ge-

nerales, tan pronunciadas en la edad siguiente, eran todavía indecisas, se cruzaban y se contrariaban sin cesar, en que el rasgo dominante en la movible fisonomía de los personajes no era el espíritu de la Liga ó el espíritu hugonote, sino el espíritu francés, con aquella apariencia de abandono, que en el fondo es un maravilloso equilibrio natural.

### I.—Hasta la batalla de Pavía

ORÍGENES DE LA REFORMA FRANCESA.—La palabra *reforma* ó *reformación* de la Iglesia, que despierta hoy la idea de cisma, no tenía tal significación, ni mucho menos, á principios del siglo XVI. Lejos de ser una señal de rebelión, era el clamor de todos, el suspiro de la Iglesia y el deseo de la nación, la única aspiración común de toda la gente de bien, clérigos y laicos. Desde la primera mitad del siglo XV, cuatro concilios que habían dado grandes esperanzas al mundo se habían reunido como concilios de reforma, y á falta de cosa mejor habían dejado en los espíritus y en el lenguaje esta fórmula corriente: «reforma la Iglesia en su cabeza y en sus miembros».

La necesidad de enmienda que tenía la Iglesia es tan indudable para el historiador como lo fué para los contemporáneos. Estudiense las melancolías y discretas confidencias en que desahogó Gerson su alma herida «que no esperaba más que del Señor la salvación de la Iglesia», ú oígase la estridente palabra de los Hermanos Predicadores que pintaban en crudo las costumbres disolutas del clero, ó atiéndase á los mordaces epigramas de tantos oscuros precursores de Rabelais, según los cuales los diez mandamientos se reducen á uno: «¡Dinero, Dinero!» Por todas partes resplandece la evidencia: La reforma es necesaria.

Esta reforma, en el pensamiento casi unánime de la cristiandad, poco tenía que ver con el dogma; generalmente se refería á la disciplina. Tosca ignorancia en unos, desvergonzada codicia en otros, corrupción abajo, simonía arriba, en todos los grados el tráfico de las cosas santas, cualquier cargo sagrado convertido en manantial de riquezas, en menos palabras: todos los desórdenes

que proceden de harto largo ejercicio de un poder sin intervención y sin freno, tales eran las plagas de la Iglesia. Todo el mundo las veía, todo el mundo quería remediarlas por amor filial hacia la Iglesia. El remedio que los creyentes pedían todos los días en sus oraciones, que el clero bajo reclamaba con todas sus fuerzas, que los obispos recomendaban, que los mismos papas unos tras otros aseguraban aceptar, era un concilio universal que devolviese á la Iglesia su pureza primitiva.

Esas disposiciones generales eran las del mundo entero. En Francia se precisaron gracias á la situación de la Iglesia galicana.

LA IGLESIA GALICANA.—Aun siendo una de las más respetuosas respecto á los poderes espirituales del Padre Santo, no dejaba la Iglesia galicana de defender con el mayor celo sus franquicias nacionales. La Pragmática Sanción de Carlos VII había trazado en 1438 todo un plan de defensa contra las intrusiones del poder papal. Ya hemos indicado con qué decisión se había declarado aquel clero en favor de Luis XII contra el papa Julio II. Murieron el papa y el rey sin haber resuelto el conflicto. El primer acto de Francisco I después de Marignán fué firmar con el nuevo papa León X un Concordato que casi anulaba la Pragmática.

El clero francés, despojado por el papa en beneficio del rey y por el rey en beneficio del papa, sufría aquel trato cuyas costas pagaba, pero cada vez deseaba más las reformas necesarias en lo espiritual y temporal.

No sólo era en Roma donde se conocía á los obispos franceses por su independencia y sus tendencias reformistas. El mismo espíritu inspiraba sus funciones. No eran en 1520 lo que habían de ser en la segunda mitad del siglo, cuando se hubiera organizado ya la contrarrevolución religiosa y las guerras de religión hubieran familiarizado á toda la nación, con sus jefes á la cabeza, con sentimientos que parecían no tener nada de humano. Á fines del reinado de Luis XII y á principios del de Francisco I «el clero francés representaba la parte más culta de la nación, la más hábil en política y en negocios, la más tolerante en religión, muy independiente del sitio de Roma, muy patriótica y

muy popular» (1). Obispos franceses fueron los que al principio del Renacimiento en Francia protegieron y patrocinaron á los humanistas franceses. Ellos fueron los últimos que en Europa reclamaron el concilio universal, los últimos que en Francia pronunciaron frases de mansedumbre y merecieron más de una vez, hasta los tiempos de Enrique II, ser denunciados por la Inquisición y por los Guisas, porque desempeñaban flojamente su misión contra los herejes y llevaban con mucha lentitud los procedimientos.

EL RENACIMIENTO FRANCÉS; LOS HUMANISTAS.—Más en Francia que en ninguna parte, el Renacimiento y la Reforma, en su principio, fueron una sola cosa. Se habían de separar pronto, aunque no tan de prisa como en Alemania; confundieronse durante doce ó quince años.

Mucho menos brillante y original que en Italia, el renacimiento de las letras en Francia se manifestó principalmente en el renacimiento de los estudios. Creáronse colegios en todas partes, no en antagonismo con la Iglesia, sino bajo sus auspicios. Los obispos aficionados á las letras las protegieron en caso necesario contra el mal humor de los conventos, contra la «barbarie», como decían en latín los humanistas llenos de confianza.

El advenimiento de Francisco I fué señal de una vasta propaganda escolar, á cuyo servicio se pusieron en cuerpo y alma los impresores (los de Lyon los primeros) y luego muchos literatos, latinistas, helenistas y hasta hebraizantes. Publicaron sucesivamente, en ediciones manuales y baratas (y no en tomos en folio) todas las obras maestras clásicas, primero las de la antigüedad profana y últimamente las de la cristiana, pues no se trataba sólo del arte de bien decir. «Las letras—dice Esteban Dolet—llevan directamente al estudio del bien y de la verdad.» No era sólo el idioma, sino el hombre todo, quien se sacudía el polvo de la Edad Media. La humanidad había encontrado de nuevo la *Niada*: y tenía que dar con el *Evangelio*. Y con tanto interés, con tanto júbilo como habían publicado las primeras traducciones de Homero, los humanistas la emprendieron

con el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*. También en éstos su único deseo era volver á los manantiales, dar con el original divino.

De ahí aquella viva y conmovedora impaciencia que manifestaban por ver á la imprenta difundir, primero en latín y griego, y luego en lengua vulgar, el texto del Nuevo Testamento. «Querría yo—dice Erasmo en un prólogo dedicado á León X—que todas las mujeres leyesen los Evangelios y las Epístolas. ¡Y ojalá que estos libros se tradujesen á todas las lenguas, á fin de que no sólo escoceses é hiberneses, sino hasta los turcos y sarracenos, pudieran conocerlos! ¡Quisiera Dios que el labrador en su arado, el tejedor en su telar, el viajero para acortar el camino, cantasen algún fragmento de ellos!» (1).

Demostrado está que antes de la Reforma, antes de Lutero, se habían publicado desde la invención de la imprenta más de 400 ediciones, ya de la Biblia entera, ya de varias partes de uno ú otro Testamento. Solían ser ediciones latinas, pero el latín era el idioma de todos los hombres cultos. Hay que figurarse el efecto que debió producir aquella primera difusión de los *Libros Santos*, no sólo en las masas populares, sino entre lo más escogido de la sociedad laica. Apenas conocía los Evangelios ni las Epístolas más que por algunos fragmentos incluidos en las ceremonias del culto; dárselos traducidos como otro libro cualquiera en un texto completo, todo seguido, en su penetrante sencillez, era revelarles un nuevo mundo religioso.

¿Cuál era la primera impresión de esta lectura? De ello nos enteran numerosos testimonios, sobre todo los de los humanistas. Consistía en hacer resaltar, en hacer única y sin par la divina figura de Cristo. Nada más natural, y sin embargo, era una sorpresa

(1) Clemente Marot se ha inspirado en este pasaje al escribir su *Epístola á las damas de Francia respecto á los salmos*.

*O bienheureux qui voir pourra  
Fleurir le temps que l'on orra  
Le laboureur á la charrue,  
Le charretier parmi la rue  
Et l'artisan en sa boutique,  
Avec un psalme ou cantique  
En son labeur se soulager.*

Dichoso quien consiga ver florecer un tiempo en que se oiga al labrador junto á su arado, al carretero por los caminos y al artífice en su tienda, aliviar su trabajo entonando salmos ó cánticos.

(1) Mad. Coignet, *Francisco I*, Introd., p. XXXVIII.

para los primeros lectores. Estaban acostumbrados á un culto que concedía importancia capital á las observaciones, á los ritos, á las prácticas, que reclamaba su devoción para la Virgen, los santos y las santas, y al leer el texto mismo del Nuevo Testamento todo desaparecía: no quedaba más que Jesucristo, él solo, y siempre él. Toda la religión está en creer en él, en amarle, en adorarle, en inspirarse en su espíritu. Todo lo demás es secundario.

Al hacer tal descubrimiento, ¿pensaron en romper con la Iglesia? No, sino en reformarla. De modo que el Renacimiento, haciendo leer la Biblia, dió á la Reforma su gran palanca. El santo y seña de la Reforma fué la divisa de Erasmo: *Christum ex fontibus prædicare*. No era ninguna herejía y era el germen de todas.

PRIMEROS GÉRMENES DE LA REFORMA FRANCESA; LEFEVRE D'ETAPLES.—El hombre que, sin propósito preconcebido, inauguró la Reforma en Francia antes que Lutero en Alemania, fué un viejo maestro en artes de la Universidad de París, que hasta los cincuenta años no se había dedicado, como él mismo se echa en cara, más que á los estudios humanos. Profesor de matemáticas y de física, honrado con el favor de Luis XII, célebre en toda Europa como «restaurador de la filosofía», Lefèvre d'Étaples compuso en 1508 su *Quincuplex psalterium*, que Enrique Estienne se apresuró á publicar. El prólogo era un primer llamamiento á la lectura de las letras sagradas en su texto. «Por haberlas abandonado han ido pereciendo los monasterios, ha muerto la devoción y se prefieren los bienes de aquí abajo á los del cielo.» En 1512 publicó, también en latín, su *Comentario sobre las epístolas de San Pablo*, obra que señala una fecha en nuestra historia religiosa. Poniéndose anticipadamente al mismo nivel de audacia que Lutero y Zwinglio, se permitió unir con la *Vulgata* una nueva traducción de las *Epístolas*, hecha por él, directamente del griego. Afirma en su dedicatoria y sin reserva la autoridad exclusiva de la Sagrada Escritura, la salvación por la fe y no por las obras («no hablemos del bien de las obras que es muy pequeño ó nulo»); reprueba las oraciones en latín, el celibato

de los curas, las supersticiones locales; se atreve á decir que «la ablución en el agua del bautismo no justifica, pero es la señal de la justificación por la fe en Cristo», y por último, que «lo que se verifica diariamente en la misa por ministerio del sacerdote es, más bien que un sacrificio reiterado, un acto de conmemoración en honor de la víctima única que se ofreció una vez por la salvación de todos». Michelet lo ha dicho con intencionada exageración: «Seis años antes de Lutero, el venerable Lefèvre enseñaba en París el luteranismo.»

No era todavía ni fué nunca el luteranismo; era la Reforma francesa tal como la hacía entrever á sus discípulos. «Hijo mío—le decía á Guillermo Farel, el más ardiente de todos—, Dios renovará el mundo y tú serás testigo de ello.» Siguió preparando aquella renovación, no sin ardimiento, pero en la medida y bajo la forma que respondía á sus propias ideas; ni los escritos de Lutero llegados á París en 1520, ni el decreto de la Sorbona que condenaba solemnemente tales escritos el 15 de Abril de 1521, día en que Lutero verificaba su entrada en Worms, no le hicieron modificar su programa con adición ni supresión alguna. Después de diversos opúsculos, que alborotaron algo á la Sorbona, publicó en 1522 su *Comentario latino sobre los Evangelios*, cuyo prólogo mereció ser llamado el manifiesto de la Reforma en Francia. El viejo profesor suplicaba á los cristianos todos, pontífices, magistrados, señores y príncipes, que devolvieran su pureza á la Religión, que no atendieran á más palabra que á la de Dios. «No saber nada fuera de la Iglesia, es saberlo todo. La Iglesia primitiva no ha conocido más regla que la del Evangelio, ni más culto que el de Cristo.» Por último, aquel admirable anciano trató de hacer para Francia, como Lutero para su pueblo, una traducción completa de la Biblia en lengua vulgar; publicó el *Nuevo Testamento* en 1523, los *Salmos* en 1524 y el *Antiguo Testamento* en 1528. Para cubrir tales audacias, no se necesitó menos que un mandato expreso del rey. Y ¿por qué había tomado bajo su protección Francisco I al «buen Fabri»?

LA HERMANA DEL REY, MARGARITA DE AN-

GULEMA.—Durante aquellos primeros años estaba Francisco I sometido al encanto de su hermana, la tierna y delicada Margarita, que tenía dos años más que él. Más cuidadosa de su gloria que él mismo, tan indulgente como él, con sus defectos, como verdadera nieta de Carlos de Orleans, tenía una sed de poesía, una viveza de espíritu, una gracia en la palabra y un amor á las artes, que le daban gran imperio sobre el espíritu del rey. Margarita, casada entonces con el duque de Alençon, tenía tanta más libertad de palabra y de espíritu, por ser honrada en un tiempo y en un medio en que ya no se sabía lo que era moralidad, especialmente entre las mujeres. Fué indiscutiblemente el hada y la reina del Renacimiento francés, y como sus contemporáneos todos, incluía en él el Renacimiento religioso. Se horrorizaba del fanatismo pedantesco de la Sorbona y del fanatismo grosero de los frailes. Así es que acogió con entusiasmo los esfuerzos de Lefèvre d'Étaples para hacer revivir la palabra santa. Sintió hasta en el fondo del alma la hermosura nueva de aquella religión presentada de nuevo en sus verdaderos rasgos divinos. Y no le costó gran trabajo inclinarse á ella al rey.

EL OBISPO BRIÇONNET Y LA REFORMA EN MEAUX.—Margarita había encontrado un obispo á su gusto. Era éste Guillermo Briçonnet, el principal negociador del Concordato. Al llegar á la diócesis de Meaux, se propuso introducir en ella las reformas que había intentado en vano en la Abadía de San Germán de los Prados. Para sustituir á los franciscanos llamó Briçonnet como predicadores á alumnos jóvenes aprovechados que seguían las lecciones de Lefèvre d'Étaples, y les hizo aplicar el programa de su maestro: lectura del Evangelio en francés, explicaciones familiares, llamamiento al puro sentimiento religioso, abandono callado de las supersticiones populares. No se introdujo ninguna modificación en el culto católico. El efecto de aquella solicitud fué muy grande, y la gente pobre, que ya no estaba acostumbrada á ella, sintió una gran emoción. Se aglomeraba alrededor de las cátedras, de donde caía la palabra bondadosa, cálida y viva. Á los pocos meses el

obispo tuvo que llamar á otros quince predicadores, «todos compañeros de escuela que habían regentado en París, hombres elocuentes y versados en buenas letras; con las manos de esta gente se ha amasado la levadura de la herejía en Francia». (Florimond de Rémond). La plebe de la comarca «tenía ardiente deseo de conocer el camino de salvación recién revelado, y los artesanos, cardadores, rastrilladores y bataneros, trabajando con las manos, hablaban de la palabra de Dios...; de modo que en aquella diócesis se veía relucir una imagen de Iglesia renovada, las costumbres se reformaban y las supersticiones iban derrumbándose». (Crespin, *Historia de los mártires*.)

Briçonnet, al ver que la Sorbona molestaba á Lefèvre, le llamó á Meaux, le instaló en el palacio del obispado y le nombró vicario general en lo espiritual, en el momento de ir á publicar su *Nuevo Testamento francés* (1523). Había llamado también á los dos hombres más consagrados entonces á la misma obra, á Gerardo Roussel y Miguel de Aranda, futuros obispos, y luego al hebraizante Vatable, y por último hasta al más intrépido y menos mesurado de los discípulos del anciano maestro, Guillermo Farel, que no hizo más que pasar por aquel grupo tímido para convertirse en Suiza en el primer jefe militante de la Reforma.

Margarita de Alençon era la protectora de aquel pequeño cenáculo. Su correspondencia con el obispo denota que estaba tan ávida como la mujer más humilde de la nueva enseñanza evangélica. Llevó á Meaux á su madre Luisa de Saboya, y en un momento interesó por la obra de Briçonnet á la reina madre y al rey. «Os aseguro—le escribía al obispo—que el rey y Madama (Luisa de Saboya) están decididos á dar á conocer que la verdad de Dios no es herejía» (22 de Noviembre de 1521). Llevóse de Meaux, para darle el cargo de capellán del Louvre, á Miguel de Aranda, creyendo tocar ya la «reforma de la Iglesia, á la cual se habían aficionado más que nunca el rey y la reina (madre)» (Diciembre de 1521). Aquel parecer se extendió lo bastante para que en aquella fecha el *Journal d'un bourgeois de Paris* atribuyera al rey y á su consejo un gran proyecto de